

Desde el desierto

La crisis mundial nos afecta. Nos toca profundamente. La razón de ello reside en el hecho de que la crisis actual se ha establecido en el seno de otras crisis todavía más graves: La del calentamiento planetario y la de la insostenibilidad de la Tierra como consecuencia del egoísmo productivista y consumista.

El desierto nos amenaza. Pero también nos convoca. Lo asumimos como amenaza cuando es sinónimo de aridez, sequedad, abandono. Y en ese caso, somos responsables de este límite último de postración. Pero es convocación cuando invita al despojo, al rechazo de ebriedades inútiles y nos lleva a la búsqueda de lo esencial.

Juan nos invita en el evangelio a una cita de humanidad. Allí donde hay ruinas por nuestra irresponsabilidad, clama por darle una cara humana a la crisis. Los sistemas económicos, financieros se han dejado llevar de un frenesí de acumulación insostenible. Han olvidado al ser humano. Y ahora nuestro dolor clama al cielo. Todo ha sido injusticia y mentira.

Pedro irrumpe con un grito que da esperanza a nuestra caminata: “Cielos nuevos, tierra nueva donde habite la justicia”. Algo se acuna en nuestro corazón como visión, como profecía. Nos aferramos a la vida. Desde estas ruinas de sociedad deshabitada, nace un hábitat de equidad, justicia y paz. Es el Adviento que preanuncia la nueva humanidad.

Cochabamba 07.12.08

jesús e. osorno g. mxy